

guntarse si no podría ser cierto que hoy la función y la experiencia que todavía asociamos con el fenómeno «literatura» se encuentran en áreas y soportes que, por una u otra razón, todavía no podemos llamar «literatura»?

Las reflexiones anteriores son, naturalmente, la expresión de una plegaria emocional por un cambio, largamente esperado, en la dirección y una apertura de los estudios literarios hacia formas de comunicación «no literarias». Una arqueología de la comunicación literaria es tan legítima e interesante como, por ejemplo, las excavaciones de las pirámides que, después de todo, probablemente no incitaron a nadie a rogar por la restitución del culto a los muertos en Egipto. Pero esta arqueología de la comunicación literaria no incluiría un «cultivo de los clásicos» académico y profesional, ni la exigencia pedagógica de una «educación literaria» perpetuada mediante los «clásicos».

## EL CONTROL INSTITUCIONAL DE LA INTERPRETACION\*

FRANK KERMODE  
*Universidad de Cambridge*

Un número muy amplio de personas, de las que formo parte, se consideran a sí mismas intérpretes de textos. Todo aquel que comenta un texto (no importa a qué nivel) y todo aquel que le pone notas críticas es un intérprete. Y tal persona no puede abordar el trabajo de interpretación sin tener cierta conciencia de las fuerzas que limitan, o tratan de limitar, tanto lo que él pueda decir como los modos en que pueda decirlo. Estas fuerzas pueden provenir del pasado, mas por lo general serán consideradas como sanciones ejercidas por los propios contemporáneos (y esto será cierto tanto si uno se opone a ellas y las padece como si no). Existe una organización de la opinión que puede tanto facilitar como inhibir el modo personal de hacer la interpretación, que prescribirá qué puede ser legítimamente objeto de un escrutinio interpretativo intensivo y determinará si un acto particular de interpretación debe ser considerado un éxito o un fracaso, si deberá ser tenido en cuenta o no en futuras interpretaciones lícitas. El medio de estas presiones e intervenciones es la institución.

En la práctica, la institución con que tenemos que habérselas es la comunidad profesional que interpreta la literatura secular y enseña a otros a hacer lo mismo. Hay instituciones mejor definidas y más despóticas, pero su

\* Título original: «Institutional control of interpretation», en *Salmagundi*, 43 (1979), y reimpresso en *The art of telling. Essays on fiction*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, págs. 168-184. Fue en su origen una conferencia dictada en Skidmore College en 1979, por lo que conserva rasgos de oralidad. La presente traducción es obra de la revista *Saber*, que la publicó en su n.º 6, 1985, págs. 5-13, con cuya autorización, y la del autor, se reproduce.

existencia no invalida el sentido que damos aquí a la expresión. Para describir su actual existencia social tendríamos que internarnos en una compleja relación de sus manifestaciones concretas en universidades, institutos y sociedades académicos; y para definir su autoridad tendríamos que considerar no sólo su derecho estatutario a otorgar títulos y similares, sino también las más sutiles formas de autoridad adquiridas y ejercidas por sus miembros más activos y más dotados. Pero en esta ocasión no necesitamos molestarnos por tales detalles. Puede afirmarse con seguridad que estamos hablando de algo fácilmente identificable: una comunidad profesional dotada de autoridad (no indiscutible) para definir (o indicar los límites de) un tema, imponer valoraciones y dar validez a interpretaciones. Tales son sus características. Tiene complejas relaciones con otras instituciones. En la medida en que tiene, de modo innegable, un aspecto político, penetra en el mundo del poder; pero por sí misma, añadiremos, es poco el poder que tiene, si entendemos por tal el poder para atar y desatar, para imponer la conformidad y anatemizar la desviación. La institución de que estamos hablando es, comparada con otras, bastante débil. Mas no por ello disminuye su parecido familiar respecto de las demás.

Semejante comunidad puede describirse como una corporación que se perpetúa a sí misma, sempiterna. Es, aunque modestamente y sin énfasis, jerárquica en su estructura, pues su continuidad depende del derecho de los viejos a instruir a los jóvenes; y los jóvenes se someten porque no hay otra modalidad de sucesión. Los miembros viejos, o veteranos, hacen ciertas comprobaciones, siguiendo su propio arbitrio, sobre la competencia de quienes pretenden unirse a ellos y, en un momento dado, reemplazarlos. Su derecho a hacer semejante cosa viene acompañado por la suposición de que están en posesión de un nivel de competencia en parte tácito y en parte dependiente de técnicas que pueden ser estudiadas y aprendidas; la afirmación de que estas últimas ya han sido adquiridas puede comprobarse con toda sencillez, pero la posesión del poder interpretativo, el poder adivinatorio, sólo se comprueba por referencia al conocimiento tácito de los miembros más

antiguos, que no obstante afirman, fácilmente por norma, que pueden seleccionar a los candidatos capaces de adquirir tales pericias y que tienen derecho a certificar que las han alcanzado. Estoy describiendo el mundo tal como es o tal como nosotros lo conocemos, y lo hago así solamente porque nuestra familiaridad con él puede haber llegado a ocultarnos su modo de operar.

Los textos en que los miembros de esta institución se ejercitan no son secretos y en principio el lego tiene pleno acceso a ellos. Pero aunque el lego, sin ayuda o ayudado solamente por la enseñanza secundaria o sub-institucional (charlas radiofónicas, periódicos dominicales, grupos de lectura o clubs literarios), adquiriera lo que en ciertas circunstancias pueda pasar por competencia, hay una diferencia necesaria entre ellos y las personas que podemos considerar practicantes titulados. Es como si estos últimos estuvieran «en regla». Su derecho a la práctica viene señalado por signos arbitrarios; no sólo por certificados, togas y títulos, sino también por jergas profesionales. Las actividades de tales personas, estén dedicadas al diagnóstico o a la exégesis, son privilegiadas: tienen acceso a significados que no se revelan por sí mismos al lego. Por otra parte, en cuestiones profesionales no están sometidos a otra censura que a la de otros practicantes titulados que actúen como corporación y, por lo tanto, la opinión del lego carece de consecuencias. Esto es algo que no sucedía antes de que la institución aquí considerada se estableciera con firmeza, como cualquiera puede comprobar considerando con ojos de lego la prosa que habitualmente escriben sus miembros y comparándola con la prosa de críticos que todavía creen escribir para un público general con formación, para *la cour et la ville*.

En cualquier caso, lo que me interesa aquí es explorar un poco más los medios con que la institución controla las actividades exegéticas de sus miembros. Aunque en parte lo hace por medios del todo evidentes, por ejemplo, controla la formación y la subsiguiente carrera de sus miembros (¿quién decide si alguien debe recibir el título de licenciado o doctor?), tiene recursos más sutiles, como las restricciones *canónicas* y *hermenéuticas*, que son más interesantes.

Con la primera de estas expresiones me refero a la determinación de lo que puede o debe ser interpretado, y con la segunda a la decisión de si es permisible un modo particular de hacerlo. Desde luego, los cánones cambian, especialmente en una institución «débil»; y también lo hacen los estilos interpretativos. Cómo tienen lugar dichos cambios es una parte del tema que me ocupa, y la cuestión de la herejía es una subdivisión de dicha parte.

En el capítulo siete planteo la cuestión de cómo saber que una interpretación está equivocada\*. Desde luego, reclamamos para nosotros este conocimiento; si un estudiante al leer «my love is fair/ As any she belied with false compare»\*\* analiza el «she» como pronombre personal y no como sustantivo, no tendremos escrúpulos en decir que está equivocado; aunque William Empson diga que el sentido «equivocado» estaba presente como ejemplo de cierto tipo (cuarto o séptimo) de ambigüedad (un «matiz verbal... que da lugar a reacciones alternativas ante un mismo segmento de lenguaje»), la mayoría de nosotros no estaríamos tan seguros a la hora de escribir: I. A. Richards, que tanto ha hecho para estimular la libertad de interpretación, siempre ha sabido distinguir el momento en que esta libertad se convierte en libertinaje; lamenta que haya gente carente del sentido «de lo que es admisible y lo que no lo es en la interpretación». Y ve en alguna obra de Roman Jakobson los medios de defender la poesía frente a tales «omniposibilistas». Con todo, parece claro que pocas veces se ha llegado metódicamente, si es que se ha llegado alguna vez, a las decisiones necesarias. Lo que sucede es más bien que la institución requiere interpretaciones que satisfagan su conocimiento tácito del área de sentido tolerado; este requerimiento actúa con gran simplicidad cuando la interpretación discutida es obra de un novicio y puede ser más duro, e

\* Se refiere al artículo «Can we say absolutely anything we like?», en Kermode (1983), págs. 156-167. [Nota del compilador.]

\*\* Se trata de los vv. 13-14 del soneto 130 de W. SHAKESPEARE, que en su contexto inmediato y en traducción de L. ASTRANA MARIN dicen así: «mi adorada es tan sobresaliente, que junto a ella, todas las comparaciones son falsas» (*Obras completas* Madrid, Aguilar, 1967, pág. 2193a). [Nota del compilador.]

incluso a la larga imposible, aplicarlo si el autor es conocido por su competencia. Una razón para que cambie el consenso institucional. Pero hay un sentido muy claro de lo que una corporación profesional *sabe*, y el modo de hacerlo era una de las preocupaciones de Michael Polanyi. Existe una competencia institucionalizada, y lo que ésta considera inaceptable, es incompetente. Esto no supone, como norma, tener que prestar mucha atención a los casos individuales, puesto que no hay garantía de que este conocimiento tácito sea infalible; se basa en el conjunto de supuestos de uso común: el paradigma o, si lo prefieren, la *épistémé*; y una revolución puede cambiarlo todo. Pero la puntualización inmediata es, simplemente, que aceptamos o rechazamos una interpretación sobre la base de un corpus de conocimiento tácito, comparado —no importa con qué cualificaciones— por los escalafones más antiguos de la jerarquía.

Nada hay de sorprendente en esta conclusión, que incluso puede ser considerada trivial por miembros de otras instituciones no menos beligerantes aunque posiblemente más conscientes de sí mismos que los de la nuestra. Según nos han contado, en la comunidad psicoanalítica «la experiencia de la comprensión proviene de la construcción de la perspectiva más satisfactoria para la presente iniciativa común»<sup>1</sup>. Dicho de otro modo, se encuentra el tipo de cosas que hemos acordado buscar. De hecho, la verdadera interpretación es lo que Jürgen Habermas llama «un consenso entre las partes»<sup>2</sup>. ¿De qué otro modo podríamos juzgar su veracidad? En cualquier caso, no omitiremos mencionar que la institución también valora la originalidad; si se acuerda que alguna aportación tiene fuerza para modificar o incluso transformar lo que previamente se había acordado

<sup>1</sup> D. BLEICH, «The logic of interpretation», en *Genre*, 10, 1977, pág. 384.

<sup>2</sup> *Knowledge and human interests* (1968), trad. de Jeremy J. Shapiro, 1972, pág. 193. Esta observación no es ajena a la opinión de Habermas (*op. cit.*, pág. 175) de que «el arte hermenéutico permanece ligado al «virtuosismo personal» en mayor medida que el dominio de las operaciones de mensuración».

do, entonces tal aportación es respetada y puede llegar a ser la base de un nuevo modelo de consenso. Con todo, tan raras y revolucionarias desviaciones dependen del sentimiento de la jerarquía.

\* \* \*

La Iglesia es la más ejemplar de las instituciones dotadas de la obligación primordial de interpretar textos y de decidir que cierto corpus de textos merece o requiere exégesis repetidas (de hecho, exégesis interminables). Con voluntad de perpetuidad, jerárquica, autoritaria, muy pre-ocupada por cuestiones canónicas y deseosa, como nosotros, de distinguir tajantemente entre lecturas iniciadas y no iniciadas, es un modelo que haríamos bien en considerar si pretendemos comprender nuestros propios usos.

De hecho, es difícil establecer generalizaciones tan simples, y la Iglesia ha sido propensa a la escisión precisamente por los temas que estoy considerando: la autoridad, la jerarquía, el canon, la iniciación y las lecturas diferentes. Pero si algo tiene que enseñarnos, hemos de hacer lo posible por superar tales dificultades. Consideremos en primer lugar el canon. La palabra significa propiamente «vara» o «norma» o «medida» y todos conocemos más o menos cómo se aplica al Viejo y al Nuevo Testamento o a Shakespeare: *Hamlet* pertenece al canon; *The Yorkshire tragedy* es un apócrifo y *Two noble kinsmen* es también de estos últimos, aunque muchos piensan que debería pertenecer a la primera categoría. Apócrifos quería decir «escondidos», pero llegó a significar «espúreos» y en estos momentos significa «no canónicos». El canon posee una autenticidad de la que carecen los Apócrifos. Pero decir en qué residía o reside dicha autenticidad es cosa muy complicada.

Al parecer el canon empezó a cristalizarse como reacción contra un intento herético de imponer una lista rigurosamente restringida de libros sagrados en la Iglesia de mitad del siglo II. Marción rechazó la totalidad del Antiguo Testamento, aceptó un evangelio (el de Lucas, muy reducido) y añadió diez versiones expurgadas de las cartas de san Pablo para completar el canon. El canon de Marción puede

recordarnos de inmediato algún intento riguroso de expurgar el nuestro. Desde luego, sabía lo que quería. Al abolir el Antiguo Testamento actuaba bajo la creencia de que sus personajes y profecías eran falsos. Era un modo audaz de solventar un problema de la Iglesia primitiva. El establecimiento de un canon estricto eliminaba, entre otras molestias, el problema del estatuto del Antiguo Testamento. Los primeros cristianos no tenían más escrituras que el Antiguo Testamento, pero cuando la Ley dejó de ser de primera importancia para ellos, su relación con las escrituras empezó a ser problemática; desestimando el rechazo gnóstico, instituyeron un nuevo modo de leerlo, como un repertorio de personajes que prefigurase la Cristianidad. Y al hacerlo destruían prácticamente su valor como historia o como ley; se convirtió en un puñado de reseñas de acontecimientos aislados y no en un relato por sí mismo. Pero las correspondencias entre lo que había de ser el Nuevo Testamento y el Antiguo eran muy importantes, desde el momento en que tenían que dar validez a la versión cristiana. Marción creía que el Antiguo Testamento estaba equivocado y pervertido y aceptó la conclusión de que hasta aquel momento la Cristianidad había estado en el error por estar adulteradas las verdaderas palabras del fundador<sup>3</sup>.

Marción estaba seguro de conocer la tradición original en toda su pureza: es el primero de una larga serie de reformadores protestantes que gozó de dicha seguridad. La magnitud de la crisis que desencadenó en la Iglesia ha sido bien descrita por Von Campenhausen. Y durante cierto tiempo tuvo gran éxito. El suyo fue el primer canon. La contrarrevolución tenía que proporcionar un canon más aceptable al consenso de la iglesia. Se ha discutido mucho sobre los criterios utilizados. Se defendió el Antiguo Testamento y, desechando una masa de evangelios, se escogieron cuatro como «auténticos» (entre los rechazados se incluía, naturalmente, el de Marción). Todo esto llevó cierto tiempo; la idea de cerrar el canon llevó más tiempo todavía y se vio accele-

<sup>3</sup> Véase HANS VAN CAMPENHAUSEN, *The formation of the christian Bible* (1972). Trad. de J. A. Baker, págs. 147 y ss.

rada por la amenaza de otra herejía, el montanismo, que se servía de innumerables libros apocalípticos. De este modo se formó el canon; y fue creciendo la costumbre de pensar en él como si estuviera compuesto por dos libros o por dos partes de un libro total.

Posteriormente llegaron nuevos beneficios. En varios momentos la institución, para proteger su texto, le confirió las virtudes de la apostolicidad, la infalibilidad, la inatgabilidad y la inspiración. Claro que costó siglos de investigación y disputas eruditas definir los puntos en que se creía que el texto poseía todas estas cualidades; el canon no se cerró por fin, incluso para los católicos romanos, hasta el Concilio de Trento, en 1546, cuando se les concedió igual autoridad a todas sus partes. La tradición luterana todavía se opone a esta doctrina. Entre los teólogos protestantes se observa actualmente una tendencia a abrir de nuevo el canon y quizá a admitir el Evangelio de santo Tomás, descubierto en Nag Hammadi en 1945<sup>4</sup>.

Esta breve alusión a la historia del canon sólo pretende demostrar la naturaleza de las operaciones efectuadas por la institución que lo formuló y lo protegió y la estrecha relación existente entre el carácter de una institución y las necesidades que satisface al dar validez a textos y a interpretaciones de los mismos. El deseo de disponer de un canon más o menos invariable y de protegerlo de las acusaciones de inautenticidad o poco valor (pues la Iglesia protegía a los judíos, por ejemplo, frente a Lutero) es un aspecto del necesario conservadurismo de una institución erudita. Un ejemplo interesante de este conservadurismo es la historia de la edición de Erasmo del Nuevo Testamento griego, que fue durante tres siglos el *textus receptus*. Erasmo empezó con dificultades el trabajo editorial, incluso desde el punto de vista de los manuscritos y las técnicas de edición entonces disponibles; de ciertas partes del libro ni siquiera tenía el texto griego, de modo que lo tradujo él mismo del latín.

<sup>4</sup> Véanse DAVID, I. DUNCAN, «The New Testament canon in recent study», en *Interpretation*, 29, 1974, págs. 339-351; y ALBERT C. SUNDBERG, «The Bible canon and the christian doctrine of inspiration», en *Interpretation*, 29, 1975, págs. 352-371.

Sus errores fueron bastante evidentes, pero sus sucesores no se atrevieron a alterar su texto y reimprimieron los errores incluyendo las lecturas preferibles en las notas. Así permanecieron las cosas hasta Lachmann; y el enorme esfuerzo editorial por él empezado todavía sigue adelante. La institución tenía sus propias fuentes de verdad y se consideró mejor servida por las afirmaciones de inerrancia, incluso en un texto (como la traducción verrácula) que no podía seducir a los inexpertos, como tampoco podía dejar su interpretación libre del control de la Tradición, a la que se concedía más autoridad que al mismo texto.

Es claro que el control de la interpretación está íntimamente relacionado con las valoraciones asignadas a los textos. La decisión en cuanto a la canonicidad depende del consenso sobre si un libro tiene las cualidades requeridas, cuya determinación es en parte un trabajo de interpretación. Y una vez que una obra llega a ser canónica, la obra del intérprete empieza de nuevo. Por ejemplo, en la medida en que la institución, considerándose infalible, desea minimizar las contradicciones y redundancias de los evangelios, será objeto principal de la interpretación el logro de la armonía, «la concordancia de las escrituras canónicas», como proclama Agustín en *La ciudad de Dios*. Hay un larguísimo lapso temporal entre la primera «armonía» y la primera «siphosis» conocidas, realizada ésta en el siglo XIX debido al nuevo impulso de explicar, más que justificar, las discrepancias. Estas habían sido observadas desde los primeros tiempos, siendo silenciadas (caso del *Diatessaron* de Taciano) o descartadas (caso de Orígenes y Agustín). El examen de los evangelios nunca dejó de ser intenso; pero la atención de que eran objeto estaba controlada por el deseo de la institución de justificarlos tal como eran y hallarlos armoniosos, hasta que, con el transcurso del tiempo y bajo la influencia de cambios en la cultura general, prevaleció una forma de atención más secular.

La institución tardó mucho, y todavía de manera incompleta, en aceptar la postura según la cual no hay disciplinas independientes de la hermenéutica sagrada. Pero hay una cosa cierta, sea cual fuere el nivel de secularización alcanzado: en todos los niveles, la interpretación de las escri-

turas es ante todo labor de profesionales. Desde el principio (Marcos, 4.11) se mantuvo la postura, que no ha perdido vigencia, de que están abiertamente al alcance de todos los hombres, aunque estén en cierto sentido cerradas a todos excepto a los intérpretes institucionales aprobados. La labor de los primeros intérpretes tendía no sólo a establecer armonía entre los textos canónicos, sino también a extraer requerimientos a personas de alcances ordinarios. Se requería que la interpretación del Antiguo Testamento tuviera que ver con su peculiar relación con la nueva fe fundada para que formara parte, como dijo Clemente, de la «sinfonía de los sentidos»<sup>5</sup>. Todo aquello que pareciera no seguir las exigencias de la institución tenía que aclararse hasta la conformidad. Los vacíos abiertos entre el aclararse literal aparente y el sentido aceptable para la doctrina o las costumbres de reciente establecimiento tenían que ser colmados por interpretaciones por lo general tipológicas o alegóricas. Y siempre quedaban los sentidos secretos, protegidos por la propia institución. Al principio eran orales, pero luego debió haber dos textos, uno accesible a todo el mundo y otro reservado para los iniciados. E incluso debió haber interpretaciones privadas del texto público. La iglesia católica romana defendió en Trento (y supongo que en teoría la sigue defendiendo, aunque las restricciones impuestas a los exégetas católicos se han reducido mucho) la postura de que sólo ella tiene derecho, a la luz de la tradición, a determinar la interpretación. Fue en Trento —como viose una lenta reacción contra el biblicismo enemigo— donde se propuso seriamente la inutilidad de la escritura, pues desde el momento en que la escritura estaba siempre sujeta al superior conocimiento tradicional de la Iglesia, podía ser considerada redundante y, en manos de intrusos ignorantes, fuente de error.

A pesar del éxito de los protestantes en su enfrentamiento a esta postura institucional y a pesar de estar los textos al alcance de legos de capacidad cultural en aumento, la interpretación de las obras canónicas siguió siendo deber

<sup>5</sup> Citado por VON CAMPENHAUSEN, *ob. cit.*, pág. 304.

del clero. Entre el lego que lee la Biblia y el exégeta moderno que desmonta las epístolas de san Pablo o efectúa sobre los textos operaciones hermenéuticas de reciente validez —crítica de la forma, crítica de la redacción, crítica estructuralista—, hay una distancia tan grande como siempre. Esa distancia puede comprobarla cualquiera que compare un comentario evangélico moderno escrito por profesionales con uno escrito por laicos, por ejemplo, los comentarios de Cambridge sobre el Nuevo Testamento griego y los comentarios de Cambridge sobre la Nueva Biblia inglesa. La diferencia es sorprendente y no puede explicarse por la relativa inaccesibilidad del texto griego: la naturaleza del debate cambia por completo.

Así pues, está claro que en los textos canónicos hay una reserva de sentidos privilegiados sólo accesibles a personas que en alguna medida tienen la formación propia de la doctrina institucional a la que pertenecen, y el apoyo de su autoridad. E incluso en las formas de interpretación más desinteresadas —las que dependen de la investigación más desinteresada— las que dependen de la investigación histórica o de las técnicas editoriales—prácticamente siempre existe la influencia de un compromiso doctrinal anterior. Es decir, quienes la practican creen en la religión cuyos doctores les han instruido en el campo del saber. En el peor de los casos esto no es sorprendente, pero su obviedad no debe impedir que lo tengamos en cuenta. Es un aspecto muy importante de la sociología de la interpretación. Tras el sentido literal, hay otros sentidos: mas para adivinarlos es preciso saber dónde se hallan, cómo se relacionan con la doctrina más llanamente definida y cómo es admisible llegar a ellos. Desde luego que se dan cambios: un cambio muy radical se inició en el siglo XVIII y todavía no hemos visto sus últimos efectos. Pues aunque tengan lugar, son lentos y complejos, y les corresponden cambios similares en la propia institución, algunos de ellos señalados por medio de manifestaciones y anuncios públicos, como el Vaticano II (1962-1965), mientras que otros son menos evidentes. He aquí un ejemplo claro de la relación entre los desmoronamientos y los tipos de interpretación emprendidos después de que León XIII propusiera la filosofía de santo Tomás de Aquino como tema cuya importancia había sido devaluada. Indica

un renacimiento neoescolástico. Después del Vaticano II, los estudiosos católicos lograron una nueva libertad exegetica; las amenazas disciplinares desaparecieron o disminuyeron y se vieron capacitados para practicar el tipo de investigación y comentario especulativos que durante largo tiempo les había sido prohibido, hasta el punto de que la moderna erudición bíblica había sido fundamentalmente no católica. Hemos de recordar, por supuesto, que en diferentes sectores de la institución los cambios acacacen a muy distintas velocidades; una cosa es la nueva libertad de los estudiosos católicos; y otra es el hecho de que en el mundo moderno haya muchos fundamentalismos, unos de tipo meramente popular pero otros pertenecen a instituciones muy organizadas y con control sobre la interpretación.

Volvamos, para no abandonar el tema, a la institución literaria y su canon. Los puntos de comparación radican en que el antiguo canon, aunque de modo mucho menos efectivo, controla la elección de los textos canónicos, restringe su interpretación y se ocupa de la formación de los que heredarán la presunción de competencia institucional en virtud de la cual se aplican dichas sanciones.

¿Puede realmente hablarse de un canon de estudios académicos-literarios? Quizá se haya hecho un poco más difícil contestar a esto, pero creo que la respuesta sigue siendo afirmativa. El único intento serio de describir su formación es, por lo que yo sé, el ensayo de dieciséis páginas incluido por E. R. Curtius en su *Literatura Europea y Edad Media Latina* (1948: 367-383). Curtius muestra que la importancia del canon eclesiástico fue creciendo en importancia, en proporción no sólo a las sagradas escrituras, sino también a las actividades jurídica y litúrgica de la institución. Había, pues, un canon de los Padres, un canon de los Doctores, de donde surgió la idea de que había un esquema fijo para todo. Las escuelas medievales elaboraron una mezcla de autores cristianos y paganos que también llegó a ser canónica. Esto cambió entre la Edad Media y el Renacimiento y ha vuelto a cambiar desde entonces. El Renacimiento conoció además el primer canon vernáculo, que fue el italiano; otros cánones vernáculos siguieron a éste, el francés en el siglo XVII y el inglés en el XVIII. Y supongo que podemos decir que el

canon americano es una formación del presente siglo. Curtius siente cierta impaciencia ante estas formaciones canónicas nacionalistas y desea un canon de la literatura mundial que ponga fin a estas concepciones locales.

De todos modos, la formación de un canon mundial secular cae fuera del alcance de las instituciones existentes; el éxito de la «literatura comparada» en el mundo académico ha sido real pero limitado, en parte porque no encaja fácilmente en los sistemas burocráticos que dan fuerza a las decisiones institucionales. El interés del valioso y erudito, aunque no definitivo, ensayo de Curtius, radica en su comprensión del hecho de que la relación entre un canon y la situación histórica de la institución que lo establece es estrecha y compleja; concede un cierto interés a la opinión de que la formación y el control del canon secular que estamos considerando están históricamente relacionados con y son al mismo tiempo análogos respecto de las fuerzas que han formado y dirigido las cánones eclesiásticos.

Claro está que en una institución que carece de credos formales y que no tiene ningún derecho a castigar a los legos, no debemos buscar nada parecido al rigor eclesiástico representado por Trento. El canon que ahora discutimos será necesariamente un asunto más oscuro e incluso más sujeto a discusiones que el eclesiástico. Los candidatos a ser incluidos en el canon, así como los apócrifos, serán más numerosos, y a nosotros nos resulta imposible resolver el problema quemando tanto los libros como las personas que apoyan su pretensión de ser incluidos.

Nuestra institución es relativamente joven y no ha pasado mucho tiempo desde que la cuestión del canon era cosa sencilla. Fue definida, de un modo que nos resulta familiar en virtud de la historia eclesiástica, por los ataques que padeció, que por lo general incluyen operaciones para sustituir a algún miembro del canon por otro de fuera. ¿Cuándo fue canónico Donne? ¿Con la edición de Grierson? En modo alguno; probablemente sólo con el ensayo de Eliot de 1921, o incluso más tarde, cuando este ensayo (que a su vez es una operación muy tardía en una campaña puesta en marcha de modo intermitente durante casi todo un siglo) tuvo eco académico. Eliot era en gran medida un

canonista; el tema de «Tradition and the individual talent» presupone un canon, aunque se trata de un canon al que se pueden añadir obras en una mezcla intemporal, en el modo que el Nuevo Testamento alteraba el sentido del Antiguo.

Como todo el mundo sabe, el ingreso de Donne fue motivo de grandes alteraciones en el canon o, en cualquier caso, de intentos de cambiarlo radicalmente. Por ejemplo, los cambios doctrinales que permitieron tal ingreso implícaban además una nueva valoración e incluso la expulsión de Milton, y esto sin hablar de la re-escritura de la historia de la poesía de acuerdo con la ley de la Disociación de la Sensibilidad\*. Yo mismo estudié con entusiasmas que creían que Milton había sido «desalojado», por utilizar la celebrada expresión del doctor Leavis\*\*. La muralla china había sido desbordada. Este movimiento empezó fuera del mundo universitario pero éste lo asimiló. A la larga Milton se había mantenido; pero se hicieron necesarios grandes cambios en el método de interpretar sus textos, como puede observarse en cualquiera que compare a los estudiosos de Milton de la primera parte del presente siglo con los que dominan hoy: Raleigh con Christopher Ricks, cuyo libro sobre Milton es un ejemplo espléndido del modo en que la necesidad de defender a un autor canónico puede reclamar nuevos recursos críticos y exegéticos. Por otra parte, las razones de los antimiltonianos fueron cuidadosa y hostilmente estudiadas.

\* La Disociación de la Sensibilidad es un concepto propuesto por T. S. Eliot en su ensayo sobre «The metaphysical poets» (1921), en el que afirma que los poetas ingleses de primeros del siglo XVII poseían una sensibilidad que les permitía una «aprehensión sensual directa del pensamiento», que no establecían distancia alguna entre lo sensual y lo mental, lo que sí se produjo después de los poetas metafísicos y que el sentimentalismo del siglo XVIII contribuyó a agravar. [Nota del compilador.]

\*\* Se refiere a F. R. LEAVIS, cuyas obras *New bearings in english poetry* (1932) y *Revaluation* (1936) hicieron mucho por establecer el canon de la poesía inglesa al que se refiere Kermode. [Nota del compilador.]

Los sociólogos de la religión sugieren que las instituciones reaccionan básicamente de dos maneras frente a las amenazas exteriores. O «legítiman» la nueva doctrina o del intento de desalojar a Milton). En nuestra institución, el procedimiento más habitual es el primero, en parte debida a la relativa ausencia de poder, en parte debido a la portabilidad de la organización y en parte debido a que la tradición en que trabajamos es de predominio protestante. En todo lo que hacemos hay cierto nivel de tolerancia. Lo que más valoramos en los trabajos que nos someten los que quieren unirse a nosotros es una originalidad que permanezca cercana a las normas consensuadas. Más aún, por lo general nos inclinamos hacia el pluralismo y a no ser demasiado sistemáticos, como gustan de señalarlos los estudiosos que se toman el método en serio. Y a pesar de todo no deja de haber algún rigor en la institución.

Si observan ustedes cualquier programa navideño reciente de la Modern Language Association\*, verán lo que parece ser una total libertad respecto del canon o, por decirlo de modo más generoso, una apertura a la innovación, una voluntad de replicar a las legítimas presiones del mundo (político) exterior. Hay sesiones sobre literatura de la negritud, sobre mujeres escritoras olvidadas y temas parecidos; también hay debates sobre crítica relativamente vanguardista y sobre movimientos teóricos que desde luego no han logrado atraer el consenso de los más veteranos. Por otra parte, la bibliografía de la Modern Language Association muestra una densa concentración de esfuerzo interpretativo sobre las figuras canónicas<sup>6</sup>. Se llega a la conclusión de que en este campo, como en las variaciones nacionales y regionales del canon que todo el mundo conoce, tenemos pruebas de la capacidad de la institución para controlar las innovaciones e inquietudes marginales. Hace unos años la Modern Language Association padeció algo que por un

\* La Modern Language Association de E.U.A. celebra sus congresos anuales en distintas ciudades norteamericanas en fechas cercanas a la Navidad.

<sup>6</sup> Delo para observación a una conversación con E. D. Hirsch.

momento parecía una revolución; pero no era más que un interludio saturnino (adecuado a la estación en que se reunía), un episodio de desgobierno tolerado porque a fin de cuentas reforzaba la estabilidad de la institución. Los «reyes por un día» disfrutaron de su momento y las figuras reales más auténticas y habituales recuperaron sus puestos. Podemos tolerar incluso a los que creen que la institución debería ser desmantelada. Como observaba Thoreau, «hablan de una sociedad en movimiento pero sin ésta no tienen un lugar de descanso».

Me he desviado de la cuestión de nuestro canon para hablar de las fuerzas internas de la institución que actúan, por lo general lentamente, para cambiarlo. Durante cierto período pueden verse diferencias señaladas. Cuando yo era estudiante nadie enseñaba a Dickens; podemos seguir el proceso de su aceptación (en Inglaterra, desde luego) por las etapas del lento cambio de opinión del doctor Leavis (que es el Marción del canon, a no ser que este papel esté reservado a Yvor Winters). Algunos de mis profesores no llegaron a mencionar a George Eliot. Blake flotaba en los márgenes de lo canónico y Joyce era todavía exterior al mismo, aunque lo leíamos. En Oxford todos estos problemas eran en cierto modo simplificados por el decreto en virtud del cual la literatura que se podía estudiar y juzgar acababa en 1830; después de esta fecha nada podía ser objeto de exégesis.

¿Cómo ocurren los cambios en el canon? Generalmente dependen del ingreso en la academia de movimientos entusiastas del exterior. No siempre es así; por ejemplo, en la actualidad parece progresar una revalorización académica de la literatura americana temprana; repentinamente, Cotton Mahser es del mayor interés y se puede leer e incluso interpretar a Charles Brockden Brown. Pero de cualquier modo que se originen los cambios, todavía hay una norma que establece que la institución debe conferir validez a los textos antes de autorizar su exégesis profesional. A partir de aquí parece no haber límites, el avance exegetico es interminable. A este respecto el *Ulyses* es un buen ejemplo; hay otro más notable, que es el de Melville, ignorado durante sesenta o más años y hoy día explicado completa, canó-

nica e interminablemente. George Eliot es otro caso interesante. Probablemente los legos la leían, como sucedió con Dickens; pero sólo recientemente, en mi propia época, se ha convertido en objeto de una serie en apariencia infinita de interpretaciones, que son totalmente diferentes de las que durante años sirvieron de norma, por ejemplo, las de Leslie Stephen y Henry James.

\* \* \*

Autorizado para la exégesis: tal es el sello que ponemos al frente de nuestros trabajos canónicos. ¿Cómo autorizamos la propia exégesis? La intrusión de una nueva obra en el canon comporta normalmente algún cambio en el saber usual de la institución en lo que se refiere a los procedimientos hermenéuticos permisibles. De este modo, la admisión en las facultades americanas del *new criticism* procedente del exterior de la universidad fue un complejo fenómeno que comportó una victoria casi política sobre los filólogos más viejos, un cambio del canon (aceptación de Donne, Eliot, etc.) y una nueva hermenéutica popularizada por Brooks y Warren y formalizada por Wimsatt. El éxito más evangélico de Leavis dio como resultado la penetración de sus seguidores en el sistema inglés de la enseñanza literaria; a nivel pastoral siguen siendo, probablemente, los profesores de lectura más influyentes del país y su contenido moralista para los no creyentes —las certidumbres ciegas de capilla, el fácil desprecio de los epígonos— sigue ofreciendo su lamentable contribución al tono del debate literario inglés. Defienden un canon riguroso (la línea del ingenio, la gran tradición) en el que de vez en cuando hay ingresos furtivos (Dickens, Tolstói), candidaturas incómodas (Emily Brontë) y apéndices apócrifos (L. H. Myers, Ronald Bottrall, Hawthorne).

Desde el punto de vista institucional, el *new criticism* y *Scrutiny*\* fueron (y siguen siendo) herejías de éxito. Revisaron el canon y cambiaron los métodos. Las personas

\* *Scrutiny* es la revista que fundó y dirigió F. R. LEAVIS en Cambridge entre 1932 y 1953. [Nota del compilador.]



je haya sido tan profundo que su aplicación sea casi automática. Nuestras prácticas son menos decisivas; y así debe ser, pues el arte de la interpretación no es una ciencia natural. Y además dependen también de pericias y supuestos adquiridos. Es cosa aceptada que los miembros veteranos de la institución impartan a sus menores no solamente formación, sino el poder y la autoridad de hacer valoraciones, de decir que una cosa es basura o que otra es solvente y, finalmente, de que un importante cambio de perspectiva propuesto es aceptable. Es verdad que este supuesto es tema de discusión; por ejemplo, Northrop Frye, por plantear cuestiones esenciales a este respecto llegó a su teoría negativa del valor, a su opinión de que lo que puede enseñarse es taxonomía literaria. Pero la mayoría de nosotros suponemos que hacemos algo más que esto (si a fin de cuentas hacemos algo). Y en la práctica sí que lo hacemos. Arrancamos a los candidatos del hábito de la lectura literaria. Como aquellos maestros que se reservaban sentidos secretos en el siglo II, nos dedicamos a guiar a los lectores fuera de la esfera de lo manifiesto. Nuestras lecturas institucionales no son las de los marginales, esto es evidente; aunque cuando vemos a algún no profesional inteligente enfrentarse a un ensayo crítico de los nuestros, sólo entonces vemos cuán esotéricos somos. Y a este respecto tenemos que pensar en nosotros mismos como exponentes de los distintos tipos de interpretación secundaria: comprensiones espirituales, por llamarlas de alguna manera, en comparación con las carnales, y sólo alcanzables por los que, en palabras del siglo II, han circuncidado sus orejas, esto es, han sido formados por nosotros.

Y en este sentido hemos de reflexionar sobre las similitudes entre nuestra práctica y la práctica psicoanalítica. Lo que nos preocupa, cuando partimos de lo meramente descriptivo, es el sentido oculto. Nosotros aprendemos, y enseñamos a otros, a estar atentos a la condensación y el desplazamiento en el texto; desarrollamos un gusto acentuated y un poder para adivinar lo que está demasiado definido. Por eso mi lectura de una novela de Conrad, por poner un ejemplo, es diferente de la de un estudiante, aunque la suya cada vez se hará más parecida a la mía; y todavía más diferente de

la de un lego. Nos gusta pensar que el lego ve sin percibir, oye sin comprender. El que tenga orejas para oír, que oiga.

La continuidad de esta novísima crítica respecto de anteriores formas de interpretación autorizadas por la institución testifica la perpetuidad de tales supuestos. Los poetas pueden tener un tercer ojo, los analistas una tercera oreja y los exégetas una oreja circuncisa. Estos órganos adicionales o purificados son figuraciones de la destreza adivinatoria adquirida en las instituciones. La deconstrucción de un texto es una figura audaz de lo que los exégetas de *metier* siempre han afirmado tener derecho a hacer. En el primer momento de entusiasmo las técnicas empleadas pueden parecer muy audaces y atraer la censura de la jerarquía; esto es lo que le sucedió a Empson y al elemento anti-histórico del *new criticism*. Pero a fin de cuentas, el destino tan temido por los novísimos críticos, que son bastante conscientes de la historia y de las fuerzas culturales de la inercia, sobrepasará a los entusiastas, que serán «recuperados»; y, si no lo son, serán reducidos a la nada. No doy una opinión sobre si es justo o correcto, me limito a observar que cuando lo carismático se convierte en institucional es de temer que se dé cierta «rutinización», y si no se vuelve institucional cae en el olvido. Pero como ha sido institucional desde el principio, en un sentido nada caprichoso, y como nadie externo a la institución tiene muchas posibilidades de entenderlo, no creo que haya muchas dudas sobre el resultado. Es imposible adivinar cómo alterará la experiencia el futuro «saber tácito» de la institución.

Me pregunto si alguno de mis oyentes, quizá entre los jóvenes, encontrará mis palabras un tanto cínicas y pesimistas. Creo que las instituciones confieren valor y privilegio a los textos y autorizan maneras de interpretar; y que la cualificación precisa para ser un miembro veterano de tales instituciones supone la aceptación, no completa, desde luego, de tal estado de cosas. Y supongo que debe considerarse que ésta es una situación imperfecta. Instituciones como las nuestras son reflejo de una sociedad más amplia a la que sirven, sociedad que puede ser injusta. Pero, ¿de qué otro modo podríamos proteger el sentido oculto? Según Clemente, los misterios no fueron proclamados abiertamente

mente, «de modo que cualquiera que los oyera pudiera comprenderlos»; fueron expresados por medio de parábolas y enigmas que requirieren exégesis<sup>8</sup>. Y la exégesis tiene sus normas, base sobre la cual se ha edificado toda la estructura de la hermenéutica moderna. Al reconocer la autoridad tácita de la institución conocemos la medida de la libertad que tenemos para interpretar. Es un precio que hay que pagar, pero el beneficio logrado es incalculable. Y en lo que a mí se refiere, no puedo decir que mis conclusiones sobre el poder de la institución para validar textos y controlar la interpretación sean tristes. Incluso pueden ser motivo de un moderado regocijo.

## II EL CANON LITERARIO A DEBATE

<sup>8</sup> VON CAMPENHAUSEN, *ob. cit.*, pág. 303.